

10. Pablo A. Pozzi *

El Ku Klux Klan y el capitalismo

Dice la historiografía que, unos meses después de terminada la Guerra Civil norteamericana, el 24 de diciembre de 1865, un grupo de jóvenes universitarios sureños organizaron un “club social” en el que se disfrazaban con sábanas. Descubrieron que los recién liberados esclavos se asustaban de los disfraces. El ejemplo cundió y en 1867 se formó el Ku Klux Klan con el objetivo de “poner a los negros en su lugar”.

La realidad es bastante distinta. Lejos de un “chiste” juvenil, el Klan fue organizado por seis veteranos oficiales de la Confederación en distintos condados del derrotado Sur y apoyado por las elites locales, en particular por los dueños de las plantaciones que habían sido trabajadas por los esclavos. Su problema central era doble: los libertos comenzaban a ejercer sus derechos políticos, eligiendo diputados y legisladores; y aun peor, los esclavos se habían convertido en asalariados y demandaban salarios dignos y comenzaban a organizarse sindicalmente. El Klan surgió para impedir la participación política de los libertos, y también para “fijarlos” a la tierra con bajos salarios. Junto al Klan, surgieron

el peonazgo por deudas, y la papeleta de conchabo. Esta no fue la única organización de su tipo ya que también surgieron otros como los Caballeros de la Camelia Blanca y el Club de Rifles de Mississippi.

Representativo de todo lo anterior es que el primer “Gran Mago” del Klan fue el general confederado Nathan B. Forrest. Este era un gran terrateniente y especulador basado en Memphis, Tennessee, que se había dedicado a la trata de esclavos. No fue el único. Muchos terratenientes y comerciantes sureños apoyaron al Klan y se convirtieron en sus líderes. Pero el Klan no se dedicó a reprimir solamente “negros”, también atacó a todos aquellos “blancos” que trataban de apoyar a los libertos ya sea educándolos u organizándolos. De ahí que la expresión “nigger lover” surgió para describir aquellos que se “mezclaban” con los afrodescendientes. Un resultado fue que logró dividir a trabajadores negros de blancos a través del uso no sólo del racismo sino también de la violencia y el terrorismo contra aquellos que “no se mantenían en su lugar”. Por otra parte, aquellos blancos pobres que se mostraban devotos del Klan, encontraban que podían tener una movilidad social ascendente, ya sea en política o en negocios, a través de la organización.

El Klan fue exitoso y el Sur logró un acuerdo político luego de fraguar las elecciones presidenciales de 1876. El resultado fue su desaparición y su reemplazo por un tipo de *apartheid* denominado “Leyes Jim Crow”. Pero su antecedente quedó registrado, y fue rescatado, por el cineasta D.W. Griffith en su film “Nacimiento de una Nación” que fue

*Doctor en Historia. Docente “Historia de los Estados Unidos”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-Mail: pablo.pozzi@yahoo.com.ar

prologado por citas racistas del entonces Presidente, e historiador, Woodrow Wilson.

Inspirado en el film de Griffith, el Klan fue reorganizado en 1915 por William Simmons con el objetivo de reprimir el auge sindical y de izquierda de la época. Un aspecto interesante es que Simmons pensó el Klan como un gran negocio, y contrató una empresa de publicidad que lo difundiera y también que vendiera sus “implementos” en cómodas cuotas por correo. Sus enemigos, ahora, eran los “dirigentes sindicales, socialistas, vagos, mujeres inmorales, católicos, judíos y aquellos trabajadores que no cumplieran con su trabajo”. Era la época donde la inmigración irlandesa era antimonárquica y republicana, gran parte de la colectividad judía era socialista, muchos italianos estaban influenciados por el anarquismo, el villismo y zapatismo cundían entre los mexicanos del sudoeste y la IWW llevaba adelante grandes y muy combativas huelgas. Apoyado por los organismos “de seguridad” el Klan creció hasta tener decenas de miles de miembros a través de Estados Unidos, incluyendo estados como Indiana, California y Nueva York donde era particularmente fuerte, mientras los grandes empresarios, como Henry Ford, contribuían a sus finanzas.

Su propio éxito lo llevó a que se fragmentara en múltiples organizaciones, pero continuó sus actividades. En la década de 1930 tenía peso político en la mayoría de los estados de la Unión. Al mismo tiempo se vio enfrentado a una izquierda dispuesta a cerrarle el camino. Así el Partido Comunista organizó la Liga de Arrendatarios del Sur

que, además de sus tareas gremiales, desarrolló una muy efectiva autodefensa de masas. Los enfrentamientos fueron numerosos, y el Klan aplicó el linchamiento a todo activista que podía encontrar desprotegido. Esto fue representado en la maravillosa “Strange Fruit”, compuesta por el comunista Abel Meeropol y cantada por Billie Holiday.

El Klan, en sus distintas formas, continuó con su actividad y ejerció un poder político importante hasta la actualidad. Dos presidentes, uno republicano y el otro demócrata, Harding y Truman, fueron miembros del Klan, al igual que importantes senadores como Robert Byrd, Theodore Bilbo y Rice Means. Gobernadores como Edward Jackson (Indiana) y Clifford Walker (Georgia), al igual que el alcalde de Los Angeles John Porter fueron miembros del Klan, destacando su peso mucho más allá del Sur profundo. Asimismo, por lo menos dos Jueces de la Suprema Corte, Edward Douglass White y Hugo Black, se contaron entre sus afiliados. Por último, David Duke “Director Nacional” del “nacionalismo blanco” y Gran Mago del Klan, fue precandidato a Presidente por el Partido Demócrata en 1988. En la década de 1990 Duke emigró hacia el Partido Republicano y se convirtió en el presidente partidario del condado de St. Tammany en Louisiana.

Este somero listado refleja a las claras que el Klan dista mucho de ser una organización marginal. En realidad, y al igual que las milicias y los neonazis, es uno de los instrumentos represivos que ejerce el capitalismo norteamericano en contra de los desafíos que puedan surgir. Al igual que

en 1865 el problema nunca fue la “negritud” sino que los trabajadores se organicen y movilicen en función de sus derechos. De ahí que, a pesar de películas como “Mississippi en Llamas”, J. Edgar Hoover y el FBI siempre le tuvieron simpatía. Para Hoover ser judío o negro y subversivo era lo mismo. De ahí que persiguiera a Carlitos Chaplin, conocido miembro del PC, y lo acusara de judío (“No tengo ese honor”, respondió Carlitos granjeándose el odio permanente del racista Hoover).

Para la historiografía norteamericana, el Klan fue una aberración, y los presidentes Harding y Truman sólo “los utilizaron” para avanzar en política. De otra forma tendrían que admitir que Estados Unidos dista mucho de ser una “democracia” y que el “racismo” es una parte integral de su sistema de dominación. Sin embargo, como se demostró en la masacre de Greensboro, Carolina del Norte, el Klan sigue inserto y apoyado en el Estado. En ese entonces, 1979, en una movilización del Partido Comunista de los Trabajadores (CWP) el Klan y el Partido Nazi Americano se hicieron presentes y delante de la policía asesinaron a cinco militantes del CWP. A pesar de los numerosos testigos y de la filmación de la masacre el sistema judicial exoneró a los miembros de Klan “porque habían sido provocados más allá de lo razonable”. Hoy en día el Klan y los Nazis coordinan sus actividades a través de la revista *Stormfront* en función de organizar al “nacionalismo blanco”.

Una simple mirada a la lista de “organizaciones de odio” que compila el Southern Poverty Law Center, revela la

existencia de docenas de estos grupos. Los que reivindican abiertamente “Klan” son 186 y 196 son los neonazis. A estos hay que agregar 111 grupos nacionalistas blancos, 98 *skinheads*, y 93 los neoconfederados. Si revisáramos los listados de afiliados disponibles encontraríamos numerosos policías, militares y agentes del FBI entre sus miembros. Y si pudiéramos acceder a su listado de “donantes” encontraríamos a muchos de los poderosos empresarios norteamericanos como los hermanos Koch y la familia Coors.

Trump y el “renacimiento” del Klan

El pasado 9 de julio, en Charlottesville, Virginia, cincuenta miembros de los Loyal White Knights of the Klu Klux Klan, basados en Carolina del Norte, se movilizaron para “defender” la estatua del general confederado Robert E. Lee. Se encontraron con una movilización en repudio de cerca de mil personas, que fue rápidamente declarada ilegal por la policía. Protegidos por la policía local, y su escuadrón de SWAT, los klansmen (o sea “hombres del Klan” porque casi todos son hombres) atravesaron las filas de los que los repudiaban. El ataque del Klan se realizó con el enérgico apoyo de las fuerzas de la ley y el orden, tras gases lacrimógenos, que así protegieron “su derecho” a manifestarse. La acción policial desató una batahola en la que resultó en 22 manifestantes anti Klan detenidos, un muerto y varios hospitalizados. El Klan y la policía no sufrieron ni bajas ni detenciones. El presidente de Estados Unidos Donald Trump, rápido de reflejos, repudió la

“violencia de ambos bandos”, mientras el Klan insistía que estaban defendiendo sus tradiciones. Luego de ocho años del gobierno de Barack Obama donde muchos analistas norteamericanos, como el crítico literario Henry Louis Gates, insistían que el país había entrado en la “era del postracismo” el accionar del Klan demostró no sólo que no era así sino que la organización estaba viva y coleando.

El Klan fue fundado, originalmente, en 1866 como una forma de retener a los esclavos liberados en las plantaciones sureñas e impedir que emigraran al norte o a las ciudades en busca de trabajo mejor pago. Esto fue logrado hacia 1876 con una serie de leyes y estatutos locales que le dieron forma legal al racismo y la discriminación de los negros trabajadores. Se calcula que en ese momento cerca de 400 mil norteamericanos pertenecían al Klan. A partir de ese año, el Klan tuvo escasa presencia, y se integró a los aparatos políticos demócratas y republicanos. Tuvo su primer renacimiento en 1915 con el auge de la inmigración, el sindicalismo y las huelgas combativas. Pero en ese momento no atacaba solamente a los afroamericanos, sino también a católicos, judíos e hispanos. En este período se expandió fuera del sur hacia el norte y el oeste, como por ejemplo a Indiana, Nueva York y California. Fue ese el momento de su auge y mayor influencia política, donde tuvo varios millones de adherentes e incluyó entre ellos al más tarde presidente de Estados Unidos Harry Truman.

Con la Segunda Guerra Mundial, y la creciente organización de los trabajadores

negros en los sindicatos combativos del CIO, entró en decadencia una vez más. Resurgió con virulencia hacia 1950 como vanguardia de la lucha contra el movimiento de los derechos civiles. En ese momento operaban en coordinación con las policías locales que se oponían a la integración escolar. Al mismo tiempo, el Klan emergió ya no como una única organización sino como decenas de grupos estatales con fuertes vínculos con los grupos arios y neonazis. Sus números eran menores que otras épocas (se calcula que eran unos 40 mil) sobre todo porque muchos racistas se habían institucionalizado dentro de los partidos mayoritarios. Este renacimiento se caracterizó por un accionar abiertamente terrorista por parte del Klan, que asesinó líderes negros y puso bombas en iglesias y lugares de reunión. Esto generó una reacción en la opinión pública que obligó al FBI y al gobierno a ponerle coto, ya que hasta ese momento se preocupaban más por el peligro comunista. Y entró en su tercera decadencia. A pesar de eso, en 1979 el Klan protagonizó la masacre de cinco militantes del Partido Comunista de los Trabajadores (CWP) en Greensboro, Carolina del Norte.

Pero que entrara en decadencia no quiere decir que el Klan desapareciera. De hecho, tenía y tiene filiales en 22 estados de la Unión, que incluyen comercios, conferencias anuales, “barbacoas”, y todo un negocio de venta de parafernalia racista. Los diversos organismos de derechos civiles calculan que, hoy en día, el Klan son unas 42 organizaciones con un total de entre tres y ocho mil miembros. En la campaña presidencial algunos grupos del Klan

apoyaron a Trump y otros de Hillary Clinton. Se calcula que la retórica racista, anti inmigratoria, de Trump ha servido para darle auge una vez más y generar un nuevo renacimiento de la organización.

Ahora, sus casi 8 mil miembros no la hacen parecer como una organización muy poderosa. Sin embargo, lo ocurrido en Charlottesville demuestra que mantiene fuertes vínculos con las fuerzas de seguridad y que es utilizada para agudizar el enfrentamiento con las fuerzas progresistas en general. El Klan inicia la provocación y la policía funciona de fuerza de choque para reprimir a las fuerzas anti racistas. ¿Por qué ahora y no hace diez años? La respuesta tiene que ver, indudablemente, con el crecimiento de la organización de trabajadores afroamericanos y otras minorías a raíz de asesinato de muchísimos negros por la policía. El Klan, así, sería una respuesta al movimiento Black Lives Matter. Al mismo tiempo es una expresión del racismo implícito en la sociedad norteamericana y de su crisis, sobre todo luego del colapso de 2008. La crisis, que continúa sin freno, ha golpeado duramente a muchos sectores trabajadores y pobres generando resentimiento, enojo, frustración y búsqueda de culpables. El Klan al igual que el conjunto de la derecha norteamericana capitaliza esto planteando que el problema son los inmigrantes y “la gente de barro” (mud people, o sea la gente de color)

El Klan está integrado principalmente por pobres trabajadores blancos, mientras que su liderazgo lo detentan comerciantes y profesionales que lucran con el movimiento.

La gran pregunta es por qué blancos pobres descargan su violencia sobre las minorías de trabajadores. El historiador Alexander Saxton planteó hace casi tres décadas que el racismo norteamericano surgió de una serie de justificaciones y racionalizaciones de la trata de esclavos y de la expropiación de los amerindios. El racismo logró retener un lugar central en las ideas que legitimaban el poder porque “continuó cumpliendo con la necesaria justificación de los grupos dominantes en las cambiantes coaliciones de clase que han gobernado la nación”. Este racismo jamás fue una construcción estática, sino que se mantuvo en flujo a través de constantes modificaciones y procesos de ajuste a las necesidades de la clase dominante. Así, se constituyó en un elemento central a la dominación puesto que fragmenta a los oprimidos. Al mismo tiempo, el racismo genera una dominación más sutil y profunda que la mera represión conformando un elemento central de la hegemonía de la burguesía. En su ignorancia es más fácil para estos trabajadores blancos culpar de las minorías de color de sus problemas que a la burguesía. Al mismo tiempo, la burguesía le garantiza a estos “militantes” racistas ciertas prebendas (no muy grandes) y protección.

Por último, la retórica de Trump apunta, cínicamente, a cohesionar su base social utilizando el racismo como elemento de movilización en contra de sus opositores. Lo que esto tiende a generar es a un mayor enfrentamiento entre la población norteamericana, mientras apunta a dividir a los trabajadores.